

Tablajero

Ser tablajero en esta Murcia nuestra tan amiga de darle gusto a la andorga siempre fue un negocio prometedor, aunque un tanto comprometido, y, como cualquier otro dedicado al público, más bien propio de personas de aguante y tolerancia. Máxime cuando el tal público, y este es el caso, es femenino en su mayoría, imponiéndose, por tanto, derrochar simpatía y detalles para que la clientela aumente; aunque con tacto, sin pasarse, no sea que las atenciones prodigadas en exceso acaben por brizar la fácilmente brizable sensibilidad recelosa de los maridos.

— No me eche usted tanto hueso.

— Si no es hueso, mujer, si es tocínico.

— Ya me está poniendo costillas de vareta, oiga, a na que una se descuida ya está usted aprovechándose.

— ¡Más quisiera yo aprovecharme de ti, criatura! Pero ¿no ves que son de lomo? Mira, toca, a ver. ¿Qué dices ahora? ¿Son o no son?

— No me pongas asaúra, jefe, que lo que quiero es hígado.

— ¿Y qué hago yo con la asaúra? ¿Me la como?

— ¿Tiene usted patas de cabrito?

— ¡No me tiréis de la lengua que me esfarato! ¡Joer con las mujeres, to el tiempo probándole a uno!

— No se corra, oiga, que iba de broma.

— No, si es que me pongo como me tengo que poner; porque llega la una y que si tengo orejas de cerdo, llega la otra y que si tengo rabo de borrego, y la de más allá que si tengo patas de cabrito, pues sí que sabe uno cuando habláis en serio y cuando en broma, amolar ya de una vez y por lo recto, vamos.

— Esta, ¿a cómo va?

— A doscientas cuarenta.

— Huy no, que me sube mucho.

— ¡Si entenderéis vosotras de carne...! Si es cabrito tierno. Mira, mira qué carne, a ver quién la da así de fresca, jugosa y bien cortá... ¿A ver, quién...? Si no fuera yo a buscarla, de dónde; no podría darla a este precio. Lo que pasa es que voy a comprarla directamente al sitio, donde hay que ir, donde no va ningún otro carnicero, y aún me vienes con que es cara, si no pue ser, mujeres, que no pue ser, que sois malas rematás.

Efectivamente: el tablajero iba todas las semanas a comprar reses. Tomaba el tren de Caravaca e iba a ver qué piezas bajaban de la sierra los pastores. En aquel mercado y en los afluentes había mejor surtido y, además, resultaban las reses más baratas porque evitaba los intermediarios, los cuales añadían, claro, sus buenas pesetas si la compraban para dedicarla a la reventa en el mercado de Murcia. La lucha por comprar a buen precio era dura. Los pastores defendían hasta la última peseta, y el tablajero, pensando en la regateadora parroquia, se veía obligado a ir de un corralillo a otro palpando a los borregos por el lomo, mirando la dentadura a las cabras, sopesando animales para echar un cálculo antes de ofrecer:

— Ciento ochenta duros, ¿hace?

— Vale doscientos.

— Más de ciento ochenta y dos no te doy; no vale doscientos.

— Y doscientos cuarenta en Murcia, hay que fastidiarse.

— Que se te antoja a ti. Y los gastos de llevarlos qué. ¿Con eso no cuentas?

— Dame ciento noventa y ocho, por no discutir, y es tuya.
— Na más tengo una palabra.

Y luego de un largo forcejeo entre ellos, aparecía el tratante.

— ¡Amos a ver, hombre, o arreglo yo esto o no soy macho...! Ni pa uno ni pa otro, ciento noventa y está ajustao.
— No hago.
— No te empecines, Manuel, que sales bien parado a este precio. Trae aquí la mano, acercaos los dos.

El marchante trataba de avenirles. Pero el vendedor se resistía, empero, a claudicar.

— Echa un cigarro, que esto lo ajusto yo.

Primero le ofreció la cajetilla de tabaco.

Después le susurró una cosa al oído.

Luego, tomándole la mano, se la hizo apretar por el comprador.

— Cerrao el trato; toma, cincuenta duros de señal.

Al finalizar la jornada, el tablajero recogía las cabezas compradas, las marcaba con un largo tijeretazo en las crines, y las embarcaba en un vagón ganadero.

Mediada la tarde, frenaba el tren en la estación echando por delante su sinfonía de efes encadenadas, su cálido aliento de animal metálico, su chirriar de ejes y su estructura de vagones de madera avejados y pestilentes.

Allí le esperaba el hijo con la dócil cabra doméstica cuyas ubres prietas y rebosantes arrastraban por el empedrado del andén, una cabra que se sentía orgullosa de ser la protagonista máxima de la jornada, la conductora de aquel batiburrillo de patas, colas, cabezas y cornamentas que ya descendían del vagón. La cabra miraba a los cautivos con ojos rebañados de ternura y mansedumbre, los saludaba con el vaho del parto reciente, les balaba con un ritmo encalmado, lamía a los pequeños chivos y cegajos que se aproximaban a ella, prometía íntimos encuentros a los grandes cabritos de abultada cornamenta que olían su trasero mirándola luego con altivez de perilla quevediana.

Balaban luego todos a la vez, entonando un sonsonete de ritual. Era, quizá, a causa de la dicha animal que les producía encontrarla con un semejante, aquella cabra negra que les daba una esperanzadora bienvenida; o puede que se tratara de una sumisión, un a modo de anuncio de próximo acatamiento de la esclavitud recién adquirida; o que fuera acaso extroversión de alegría al sentirse liberados de aquel vagón donde apenas revolverse uno se pateaban e incomodaban todos. ¿O era, por el contrario, grito de rebeldía próxima? Porque, ciertamente, no parecían los recién llegados dispuestos a claudica así como así. No de otro modo se les podría conducir que base de buenos golpes de vara, golpes imprescindibles para allanar sus indómitos respingos por

debajo de los trenes, porque los traviesos bichos cruzaban las vías, se introducían en los servicios, se asomaban a las ventanillas de despacho de billetes...

Y ya reunidos en torno a la cabra negra, en la Plaza Circular sentían indecible miedo de los coches, se espantaban y se escapaban y corrían frente a la puerta de la Cárcel buscando la libertad de los bancales que a derecha e izquierda de la calzada ;e abrían en la Ronda Norte, aún no avasallada por el asfalto y el hormigón, ni invadida por el tráfico denso que hoy es normal y en los años cincuenta era excepción.

La cabra movía su sonora esquila, llamaba al rebaño con sus balidos metálicos, y a éstos, seguía uno ronco, otro más ronco, otro más aún: eran los de los machos más viejos, ya encelados haciéndose notar, llamando al orden. Los balidos de los chivos sonaban más a campana; y los de los cegajos de pocos rieses, a vidrio quebradizo... Los fugitivos miraban desde lejos, desconcertados por la libertad, inseguros ante la falta de apoyo de la masa, puede que reprochando a los demás que no les siguieran o reparando, posiblemente, en claudicar y volver al montón. Al final, tarde o temprano lo hacían, y si no, el tablajero o su hijo habían de recogerlos para que no invitasen a los demás a acabar con el bancal de las lechugas.

Mala cosa era dejar a uno suelto, porque cualquier cabeza de un rebaño de montaraces y nerviosos animales criados y habituados a la libertad de la sierra, el llano y el pastizal, puede producir una estampida muy difícil de dominar. Con los borregos todavía, que son más dóciles, pero con los chivos y cegajos peleones dispuestos a huir al menor ruido, a enseñar la cornamenta a la menor provocación, a ensayar el sálvese quien pueda ante la presencia amenazante del perro cimarrón o del lobo, popularmente conocido como "perro de izquierdas", no hay más ley que el ojo avizor y el zurriago presto. Era, pues, preceptivo enfilearlos con buenos golpes de vara, y confiar en que el olor afrodisíaco de la cabra les mantuviese unidos, sin desbandarse a causa del tráfico, hasta llegar a la cuadra, donde podrían balar, retozar, pelear y quejarse cuanto quisieran de que se les hubiese tan astutamente privado de la libertad, sin respetarles siquiera el prometido favor de la hembra.

A la mañana siguiente amainarían sus pesadumbres.

Uno, dos, tres, cuatro..., según demanda, irían cayendo y callando bajo el filo mortal del cuchillo que los degollaba mientras una pierna férrea barrenaba su vientre sin permitirles moverse, porque las patas, también las patas, se las ataban fuertemente con cordeta. Su único e inútil recurso era balar, balar moribundos ya más cerca de la muerte que de la vida. ¿Comprendían los otros, los condenados, estos estentóreos balidos del agonizante? Probablemente sí; porque los balidos que ellos, a su vez, emitían a modo de respuesta no eran de furor, sino de impotencia; no eran de altivez, sino de miedo... De haber podido hablar, ¿habrían los condenados gritado a la cabra que les condujo al redil y al hombre que los aldabó la letra vieja de la coplilla?

Es una cosa vieja
ver a los lobos fieros
con pieles de oveja;
pero raras veces vieron los oteros
con pieles de lobo, tímidos corderos.

Luego de sacrificado, el animal recibía un tajo en la pata por cuyo ojal el matarife-tablajero introducía un canute de caña y soplaba con fuerza de pulmón de piedra. El animal iba instantáneamente inflándose como un globo, permitiendo así una más sencilla separación de la piel. Meticulosa labor que requería un cuchillo de fina punta y hoja muy cortante. Y precisamente para mantenerla viva, el hombre usaba otro cuchillo o un acero, contra los cuales restregaba la hoja insistiendo una y otra vez, arriba y abajo, con hábiles movimientos. Y volvía al punto a separar la nacarada carne de la sucia piel cuidando muy mucho que ésta no tomase tufillo de zamarra.

—Toma, nene, lleva la zamarra a la casa y ponla en la pila pa cuando venga el zamarrero a comprarlas. Y ya de paso, te sacas una fuente pa echar las tripas.

El paso siguiente era abrir al animal en canal, limpiarlo, quitarle las vísceras, descuartizarlo, envolverlo en un paño blanco grande y llevarlo hasta la tabla.

La tabla estaba en el camino, uno de esos entrañables recodos de la Huerta donde la correhuela trepa por la palmera, los dondiegos se engalanan al atardecer, los bancales huelen a húmeda verdura, las acequias cantan y el polvo del camino desaparece durante un rato después que las vecinas barren la puerta y la rocían con un buen cubo de agua.

El establecimiento del tablajero es sencillo, mínimo: cuatro patas de leño sosteniendo medio tronco partido secamente por la sierra. Sobre éste, patinado con la grasa y sebo que el tablajero golpea repetidamente con una piedra redonda, se corta la carne desde el tiempo de los godos, sino desde antes; y luego está la tabla propiamente dicha: una mesa con unos listones arriba provistos de ganchos para colgar las canales. Y nada más, salvo las hachas, los cuchillos, el acerico...

El carnicero o tablajero no grita, no está afiliado al vocejo; cosa que deja para el verdulero, para el pescaero, para el aguador... Y si no grita es porque lo que grita por él desde la tabla es la bondad del género que ofrece, fresco a prueba de inquisidores, recién muerto, sin dejar que se oree, que ese es requerimiento de carnes "tufonas", pero no de la carne tierna que gusta ser consumida en Murcia.

Mientras espera, el tablajero prepara bien el tronco, lo da sebo, lo golpea con su piedra, coloca adecuadamente los cachos sueltos, amenaza con una esterilla o con el cabo de la servilleta a las moscas que se aproximan a la carne y, en especial, a las moscardas, que son ponzoñosas y producen gusaneras cuando se aposentan en un trozo de carne y lo penetran con sus larvas, se ata bien el blanco delantal y, si se terciá, fuma un cigarrillo.

— Me dé un cuarto y mitad de puntapecho, ¿es tierna?

— Como un haba, ¿no ves qué grasa tiene? Mira qué color de carne.

— Sí que parece tierna, pero es que la última que me llevé...

— A ver si me vas a decir ahora que no era tierna. —Sí, pero...

— Entonces no chinchas, mujer... ¿La quieres a filetes?

— No, déle un golpe con el hacha y ya está.

— ¿Aquí?

— No, más atrás.

— Ande, me eche un cacho más que a malas penas si cae el peso.

— Siempre llorando, ahí va la chorrá, y otro cacho más de propi.

Las mujeres comienzan a hacer corro. Hablan entre ellas, comentan, abren el monedero, cuentan el dinero, lo cierran, preguntan:

— ¿Tiene cabezas para asás?

— Una de borrego fetén, y otra de cabrito que es tierna rematá.

— ¿La vendes con sesos o sin sesos?

— Con sesos te sale más económico porque te hago precio especial, es que vender los sesos aparte trae menos cuenta; pero si quieres te la doy sin sesos, que estoy por vender.

— Oye, pero ¿tienes sesos?

— ¡Ya empezamos!

— Es que como dices que le vendes la cabeza con sesos a la tía Juana, a ver si te quedas sin ellos.

— Tengo sesos para dar y tomar.

— Pues sí que te enfurruñas pronto, hombre, que no me refería a esos.

— Tú si quieres sesos pide, que tengo para hartarte. El muchacho del ventorrillo cercano llegaba de cuando en cuando a pedir carne para asar:

— De parte de mi jefe que me dé medio de costillas, y que si tiene un despojo que me lo pese, que luego se acerca él a pagarle. ¡Ah, y dice que no le eche guajerro!

— ¡No te digo, si aquí nadie quiere cargar con el guajerro! ¡Hale, toma tú un cacho, que frito toma gusto!

— Déme un cuarto de rechigüelas, y si tiene alguna mollejica que le gusta a mi Luis, pues me la echa.

— ¿Tiene usted rabo?

— No sigas, que ya os veo yo riendo ahí a escondías, que tenéis más mala intención...

— ¡Huy, no me eche ese trozo tan negro y tan feo, que parece ala de morciguillo!

— ¿Feo este trozo? ¡Vamos, quita, qué me vais a enseñar a mí de carne!

— Yo no le enseño, pero ese trozo no me lo llevo, que no me entra por el ojo.

— Por donde te tiene que entrar es por otro sitio.

— ¿Por dónde? Vamos a ver, joer con el tío qué picante está esta tarde.

— Si decía por la boca, mujer, que como estáis siempre bromeando, echando puntaícas por aquí y por allá, cualquiera sabe cuando habláis en serio.

— Yo quiero medio de pierna pa asá, cortaica en trozos pequeños, que si no se la comen los críos en un dos por tres.

— Así no, tan finos no, que se ve a través de ellos la torrecica, ¿no reparas?

— ¿Tiene mondongo?

— Y muy bueno.

— ¡Ya se ve, ya, que para aguantar a esta caterva de desocupás bien que hace falta!

Era el inspector veterinario. Llegaba, echaba un vistazo a la carne, recogía el sobre con las muestras que le daban en las distintas tablas y después de hacer la ronda se las llevaba a su mujer para que cenaran los críos. Al día siguiente decía en Sanidad que todo correcto.

— ¿Tiene patas de cordero para mondongo?

— No me quedan, las tengo encomendás por Antón el del ventorrillo.

— ¡Qué fatalidad! ¡Hoy que me apetecía a mí hacer un mondonguico...!

— Llévate un trozo de éstos pa guiso; mira que cara tiene.

— Sí que parece tierna.
— Lo es.

Las que estaban bromeando se daban golpes unas a otras, reían con sus bocas desdentadas y sus ojos plegados como abanicos, se pisaban a veces para celebrar cualquier ocurrencia, llevaban capazas grandes y no parecía que les preocupase el tiempo.

— Venga —urgió el tablajero— ¿Qué queréis? Menuda melsa que os gastáis, oye.
— Tú si que la tienes buena. —rieron.
— ¿Es que de verdad tienes melsa? Pues mira que con el tiempo que no hago yo melsa asá, de buena gana me llevaba una.
— Pa melsa la de la tía Andrina, que lleva ya dos horas sin rechistar.

El tablajero no perdía la compostura, les seguía la corriente, bromeaba y se dejaba embromar, aquello hacía sin duda su trabajo más agradable. La carne era engullida por los papelones de estraza. El cuchillo se estrellaba una y otra vez, por arriba y por abajo, contra el acero. El hacha cortaba sumisa, obediente, certera la carne por donde le indicaba la mano firme del hombre.

— ¿Tienes huevos? —pregutó, de sopetón, una.
— Se volvió el tablajero, echó una bocanada de humo, sonrió. Y dijo, muy flemático:
— Se dice criadillas.

Rieron.

— Eso son finuras de capital, toa la vida de Dios se ha dicho huevos, ¿por qué ahora se va a decir criadillas? ¡Vaya un cuento!

Las otras asintieron, regocijadas, admirando la desenvoltura de la tía Rulas, que era la que más incordiaba con su tiroteo de doble sentido.

El hombre se volvió, hurgó entre los trozos de carne y cogió varias criadillas de cordero, las desplegó en la palma de la mano y las mostró a las señoras.

— ¡Huy qué pequeñicos los tienes! —exclamó la chungona tía Rulas.
— ¡Si to es igual! —añadió la que estaba al lado.
— No me tiréis de la lengua, y no me tiréis de la lengua... Encendió un nuevo cigarro antes de esbozar una larga sonrisa.
— Estoy pensando yo —dijo al rato— que quien pide es porque le escasean en casa.
— ¡Atié! ¿Qué dices a eso, tía Rulas?

La tía Rulas enseñó dos muelas mitad negras mitad amarillas.

— Que me dé las criadillas o como se diga eso.

El tablajero, luego de pesarlas, se las envolvió. Dieron tres cuartos de kilo en la balanza. Seguramente eran de cegajo.